

EL AÑO QUE VA A PASAR

La espesa y untuosa corrupción

El espectáculo quizá resulte más aparatoso de lo que sustancialmente contiene de su interior, pero es innegable que el espectáculo de la corrupción nacional parece llenar la boca escénica del país. Se trata de una corrupción ancha, pegajosa, untuosa. La impresión del ciudadano es que las relaciones colectivas se han perdido profundamente y que una venalidad degradada a batería ha empapado el aire. Sea o no sea cierto, ante cada acto administrativo el ciudadano lo sospecha adadivado. Es decir, el ciudadano no alberga la certeza de un soborno en múltiples ocasiones —certeza por otra parte muy difícil de apoyar en pruebas objetivas—, pero conjetura que si no existe ese cohecho no es por falta de ambiente favorable a que se produzca. El ambiente parece perfectamente apropiado y dispuesto para la inmoralidad. Esta evidencia hace que la corrupción sea imaginada como posible en todo momento y que se multiplique una fermentación moral en cuyo seno, como en un humus propicio, toda perversidad parezca adivinable o, lo que es peor, todo vaya girando hacia ese estilo malsano de existencia social que parece rodearnos.

Lo grave de esta situación, lo particularmente grave es que el ciudadano del común enfrenta ese desbaratamiento moral, ese desconcierto ético desde un ángulo melancólico. La corrupción a la que el ciudadano se enfrenta es una corrupción sin grandeza, esa forma paradójica que la corrupción reviste en ciertas épocas. Porque cabe hablar de una cierta moral de la corrupción. Hay una corrupción trascendente, ambiciosa, que deja o trata de dejar tras sí frutos que pretendan justificarla históricamente, al menos en parte. El ciudadano sabe en ciertos momentos de la vida colectiva que el corrupto obra para su enriquecimiento —¿cómo no!—, pero a través de un propósito de engrandecimiento colectivo. Es una corrupción que deja tras sí algunos

problemas sociales resueltos o semiresueltos aunque sea a precio inhumano o incluso a cambio de un futuro turbio y complicado. Esta corrupción suele ser una corrupción de minorías. Pero la corrupción presente es una corrupción de «mordida», que desarma la moral pública sin producirle el escándalo concreto suficiente para generar una ancha respuesta moral que sane el aire colectivo empujando a una resurrección. En términos ce-realísticos cabría decir que frente a la corrupción intensiva que corrompe a pocos, pero con gran volumen de perversión —corrupción que suele dejar tras sí invenciones colectivas discutibles, pero vigorosas—, la presente es una corrupción extensiva, pobretona, que no suministra situaciones de gran poder o de grandes medios a los corrompidos, pero que en cambio multiplica su número de un modo alarmante. Esta corrupción extensiva envilece a amplias bolsas de ciudadanos. El país pasa ahora por una fase de corrupción: relativamente corrompidos los corruptos, pero inmensos en número; corruptos pequeños, pululantes, infestadores. Yo creo que esta corrupción es peor que la primera, ya que transforma a la sociedad en una imprecisa fosa séptica en cuyo interior resulta difícil la reacción moralizante. De ahí la general melancolía con que la contempla el ciudadano ordinario.

Pensaba en todo este malhadado negocio mientras asistía como miembro humilde del tributariado a los últimos desconciertos político-económicos. Y me decía que el candidato que tenga alguna suerte de posibilidad frente al Gobierno ha de ser un candidato que ponga un especial acento moral en su campaña. Concluí seguidamente que ese alguien, que ese candidato habría de ser, por pura presión de las cosas, un político surgido o de las filas de los nacionalismos radicales en el ámbito de las nacionalidades o bien, ya

situados en el marco estatal, una figura como Suárez. Me explicaré. Los nacionalistas radicales brindan una innovación al Sistema que lógicamente adviene puro «per se». El nacionalismo radical niega, entre otras cosas, la corrupción que se genera en torno al Estado que se quiere sustituir. Como es obvio, estos nacionalismos tampoco han sido contaminados por el poder viejo del Estado vigente. En cuanto al ámbito estatal, electoralmente hablando, parece innegable que Suárez y las gentes de Suárez transmiten a la calle una sensación de progresismo regeneracionista. Quizá en paridad de intención electoral con Suárez queda Izquierda Unida, pero Izquierda Unida está ensombrecida por su penar o su indefinición ideológica. Muchos de sus componentes apuestan por otro modelo de sociedad mientras la formación que los encuadra no acaba de pronunciarse con nitidez acerca de este extremo. Esto es, Adolfo Suárez —que no es tampoco la derecha, pues tiene en su haber unas manifestaciones antireaccionarias, recuérdese su política nacionalista frente a Norteamérica o su energía ante los poderes fácticos, lo que le concitó la enemistad de la gran banca—, esto es, repito, Adolfo Suárez queda como el gran adversario en la arena estatal ante el poder actual. Creo que Suárez ha entendido eso perfectamente. Por eso su campaña es una campaña de amplio tono moral, basada en la elegancia ética. Yo creo que será apasionante seguir de cerca la propuesta suar-ciana, sobre todo teniendo en cuenta que la convocatoria de elecciones nacionales está a la vuelta de la esquina —pasando seguramente el verano— y que ahí los españoles van a tocar su propio hueso, ahora insensible ante la consulta europea: Europa nos queda infinitamente lejos tal como Europa está planteada.

(*) Escritor

Uniformearen miraria

Jahve-ren madarikazioen ozentazunaz zabaldu da bunker demokrati-koaren esaldia: «bortizkeriaren aldekoek ez sarrerarik dute Europan, ez etorkizunik».

Eta Iparraldekoek bezala erantzuteko: «Agian ez!».

Zeren-eta begien aurrean dugun «Europa» ofizial horretan, Armada ofizialak baitaude nagusi; eta berri ona baita etorkizunik ez dutela jakitea... Berritoren ere: agian ez!

Europa ofiziala Europa armatua baita, errotik Estatu ofizialen indar armatua daude hor, jaun eta jabe. Europa ofizial horretako hamabi politizisare armatuak daude, beren iskulak eta gutzi. Hitz batez: indar armatuak dira nagusi Europar ofizialean.

Eta indar ofizial horrek dauzkaten iskulak, tresna hiltzaileak dira. Kotxe bomba baino aisa azkarragoak: zer munta du amon kilo mordo batek, akorazatu baton ondoan? zer da komando bat, Ejerzito ofizial baten parean? Hutsaren hurren!

Baina, hau bai: indar armatu beldu-garri horiek uniformeaz jaten dira.

Eta hori da kaka.

Uniformea jzteak garbitzen ditu armadak oro. Uniforme da gultzarría: borroka armatua daramaten horiek ba al dute uniforme ofizialik? Ez?? Kasu! «Violentoak» diraketek, beraz. Uniformea izanez gero, berriz, tanketak eta napalm erabiltzaile ere, bakezale hutsak, jende prestua. Jakina!

Eta guk bezala galdera hau eginer gero: «Zer defendatzen dute indar armatu ofizial horiek?», anatemata ez da luzatzen: «Apólogos del terrorismo».

Guk galderari eusten diogu, halere: «Zer defendatzen dute uniformeaz jaten diren indar horiek?». Oraindik zehazkizun: «Zer segurtatzen dute, eta zer debekatzun, Euskal Herrian barrena, Ipar eta Hegoan, armaturik bazter gutzitan topatzen ditugun indar armatuek? Zer defendatuko dute, eta zer debekatu, 1992 mirengarri horretan?».

Galdera honi erantzun nahi ez diotenak, indar armatu ofizialen morroi leialak besterik ez dira.

TXILLARDEGI

hemeroteca

González llama a Pérez

(Fernando Onega, «ORT/Press», 3-VI-89)

¿Pero no era éste el gran amigo de Felipe? nos hemos preguntado todos. En sus largas conversaciones ¿no se han referido nunca al problema de la violencia? Y algo más: ¿qué argumentos han sido utilizados por España para que Venezuela acepte a los deportados? ¿No se le dibujó a su Gobierno el perfil de las responsabilidades penales de los once? Y, si ese perfil fue dibujado, ¿cuál es el sentido de la solidaridad con el Gobierno español que tiene su viejo amigo americano?»

El Gabinete español no puede hacer una gran protesta, al estilo de Juan María Bandrés, que dijo textualmente: «Este tíu es tonto». No puede hacerlo por los vínculos que existen entre las dos naciones, e incluso por la gratitud por aceptar a los deportados, cuando tantas naciones se están negando a recibirlos. En consecuencia, se tiene

que limitar a eso: a que el amigo español llame al amigo americano. ¿A decirle qué? Que le ha metido en un lío; que a ver cómo podemos arreglar eso, que afecta a la convivencia interna en España y a esa tarea de Estado que es dejar sin asistencia al terrorismo.

¿Cuál será el desenlace? Uno de estos tres: o que González reciba explicaciones suficientes, o que Pérez haga nuevas declaraciones o que se diga que todo ha sido un malentendido. La diplomacia tiene recursos para todo cuando no se quiere crear un problema bilateral.

Más que una torpeza

«El País», 3-6-89

Ni siquiera el comprensible deseo de evitar reacciones alarmistas por parte de sectores de la opinión pública venezolana explica la suprema torpeza cometida por el presidente de dicho país, Carlos Andrés Pérez, en sus declaraciones sobre los 11 miembros de ETA expulsados de Argelia y llegados a Caracas hace unos días. Como

acertadamente recordó ayer mismo el lehendakari Ardanza, poner en pie de igualdad a los gudarís de 1936 o a los exiliados vascos que llegaron al país caribeño huyendo del franquismo con los desalmados autores de asesinatos como los cometidos por ETA durante la última década supone ofender la memoria de los primeros y confundir a quienes lucharon por la libertad de quienes combaten contra ella.

La actitud cooperante del Gobierno venezolano en materia antiterrorista resulta demasiado contradictoria con las palabras del presidente de ese país como para atribuir al incidente el carácter de un deliberado agravio. Con todo, es algo más que un desliz y exige una recti-

ficación expresa. Porque sería ofender a Carlos Andrés Pérez, que recientemente solicitó —y obtuvo— del Gobierno español una importante ayuda económica para hacer frente a graves problemas internos, suponer que todo se debe a ignorancia o falta de información.

CAP y los exilios

(«Diario», 16-3-6-89)

Con quietismo desmesurado, no falta de «amiguismo» probablemente, Felipe González corrió en auxilio de CAP cuando a poco de tomar éste posesión del poder hubo de luchar con algaradas internas (...). En aquel entonces, un cuantioso crédito fue concedido a Vene-

zuela, sin que el Parlamento español tuviera siquiera oportunidad de dar su opinión. El pago de este gesto ha sido la inaceptable bofetada que el mandatario americano ha dado a todos los españoles, dejándonos por añadidura en un embarazoso ridículo. Ante semejante despropósito, habría que recomendar a González que cuide mejor sus amistades, y al Gobierno que trate de explicar mejor a la comunidad internacional el problema de ETA. No vaya a ser que los etarras acaben siendo los demócratas de esta tragicomedia, y el Estado español, el persecutor flamígero e implacable de los románticos amantes de la libertad de su pueblo oprimido.



«El País»